

SEGUNDO FINALISTA



GALICIA

Sofía Santos – IES Lucus Augusti

El primer indicio lo detecté a la temprana edad de seis años. En aquel tiempo siempre estaba moviéndome. No fue de extrañar, por tanto, mi rara caída mientras corría por el comedor de mi casa. Todo pasó muy deprisa, pues no llegué a ver el momento en el que, un segundo antes de que el plato que llevaba en mis manos tocara el suelo, volví a encontrarme de pie, con la vajilla intacta.

No fue difícil averiguar lo que sucedía. A los once años la experiencia fue semejante, pero, esta vez, pude observar cómo el tiempo se paraba a mi alrededor. Los relojes abandonaron su habitual sonido, y las personas que se encontraban a mi alrededor se mantuvieron en la misma posición durante un segundo, que aproveché para agarrar al perro que se disponía a morderme en la pierna.

Pero ahora me encontraba entre todos mis familiares, pendientes de mi primo, que dormía en su cuna. Sólo yo había reparado en la ausencia de alguien.

Mi hermano se encontraba agazapado en mitad de la carretera, con los brazos cubriéndole la cara y los ojos cerrados, evitando ver el enorme camión que se encontraba a tan sólo medio paso de él.

Sin darme cuenta, había chasqueado los dedos al distinguir aquella horrible imagen, parando el tiempo por completo.

Durante cinco minutos, que semejaron horas, me debatí, dudando qué hacer. Asimilé todo rápidamente, y pronto comprendí que debía chasquear los dedos de nuevo para así devolver el tiempo a su curso natural. Pero no podía hacerlo por el momento, debía intentar salvar a mi hermano.

Empujé a las personas que me rodeaban, corrí hacia la carretera y avancé hasta él. Con cuidado de no lastimarlo, agarré a mi hermano de una mano y tiré de él. No se movió. Intenté cogerlo en brazos, pues lo había hecho en varias ocasiones, dado que era ocho años menor

que yo. Pero no logré levantarlo del suelo. Entonces, dejé de preocuparme por no hacerle daño y le empujé con todas mis fuerzas, pero no hizo ademán de desplazarse. Reparé entonces en sus brazos, que casi rozaban el camión. Entonces, por fin se me ocurrió algo que podría dar resultado.

A pesar de que aún no tenía el permiso de conducción, subí al camión y me senté en el asiento del conductor, apartando al hombre que, absorto en su lata de refresco, no había reparado en mi hermano.

Cambié la marcha y pisé el acelerador para dar marcha atrás, pero el vehículo no dio muestras de moverse.

Las lágrimas comenzaban a amontonarse en mis ojos, pero todavía no había perdido la esperanza, por lo que probé –también sin resultado- a mover el volante o colocar objetos delante del camión para así evitar el choque.

Había transcurrido ya casi una hora y yo no cesaba de probar cosas. Pero nada daba resultado. Fue entonces cuando recordé mi poder sobre el tiempo. ¿Y si no era comparable al destino? ¿Y si este era irreversible y, por lo tanto, irremediable?

De pronto rompí a llorar. Anduve hasta mi hermano y lo contemplé un instante. Le di un beso en la frente y pronuncié una última despedida, a pesar de saber que no me oiría.

Comprendía que, una vez que chasqueara los dedos, ya no habría vuelta atrás. Me limpié las lágrimas que rodaban por mis mejillas.

Me situé frente a mi hermano, interponiéndome entre él y el camión. Dirigí una última mirada a mis familiares, al otro lado de la carretera.

A pesar de que conocía las consecuencias de hacerlo, chasqueé los dedos.